



Me siento feliz de estar aquí

Crevillent se convierte en el gran templo para acoger el amor de Jesús



“Crevillent, que a través de treinta y dos pasos maravillosos, a los que acompañáis con el sonido de cornetas y tambores, o con el silencio íntimo y profundo de la oración”



Pregón de la Semana Santa 2006



He venido hoy
para estar con vosotros

*Ilmo. Vicario episcopal.
Sacerdotes concelebrantes
Sr. Cura párroco
Ilmo. Sr. Alcalde, miembros de su
corporación
Autoridades
Presidente de la Federación de cofradías,
miembros del Consejo Rector
Señores y señoras de Crevillent.*

He venido hoy para estar con vosotros y ante todo deseo expresaros mi agradecimiento por haberme elegido pregonera de vuestra Semana Santa.

Me llena de orgullo porque la Semana Santa de esta tierra alicantina, ya famosa en la época del Imperio Romano, bien conocida en el mundo árabe que la llamaban "Qirbiliän", cuna precisamente de un médico tan prestigioso, Muhammad al-Shafa, "al Qirbiliäni"

Pero también Crevillent es mundialmente conocida por un arte, tan difícil y bello como es el de tejer alfombras, maestros en el trenzar y elaborar el junco y el esparto.

Crevillent que a través de treinta y dos pasos maravillosos, a los que acompañáis con el sonido de cornetas, guitarras y tambores, o con el silencio íntimo y profundo de la oración.

Y el Sábado de Pasión el sonido grave de dos bocinas convocan a una Semana Santa tan especial que ha sido considerada de Interés Nacional.

Me siento feliz de estar aquí, aunque siento el peso de la responsabilidad, no es fácil reflejar la realidad y ensalzar como se merecen los días de la Pasión y Muerte del Hijo de Dios pero, como decía Don Quijote: "Os pido la venia para comenzar e indulgencia por mi osadía".

Un pregón es algo muy hermoso y eso es lo que yo quisiera hacer hoy en Crevillent. Recordar en este día que se avecina la Semana Santa, la gran Semana de los cristianos en la que participan hombres y mujeres de buena voluntad.

Días que nos acercan a Dios.

La Semana Santa de Crevillent es admirable porque conjuga el entusiasmo con el esfuerzo, todos contribuís para que, por las calles desfilen solemnes y majestuosos los pasos. Ocho mil cofrades de treinta cofradías, pero en realidad, con el alma, están todos los habitantes de la fidelísima villa de Crevillent que se convierte en el gran templo para acoger el amor de Jesús, su entrega sin límites, el dolor de la Madre, imágenes bellísimas, soberbias, ocho de ellas plasmadas por el gran Benlliure que sin duda tuvo la inspiración de los ángeles.

Todas, desde la que nos narra plásticamente la Entrada de Jesús en Jerusalén, como las que le conducen al Sepulcro, todas incitan a la piedad y la meditación.

Desde hace muchos años habéis ido enriqueciendo con nuevas imágenes, con nuevos pasos, una Semana Santa que comenzó quizás tímidamente, pero que ha ido creciendo hasta convertirse en el orgullo de toda la ciudad, de toda la Comunidad Valenciana y, me atrevería a decir, de toda España.

Una Semana Santa que ha pasado las fronteras de la región para entrar en las del mundo católico, han ido naciendo hermandades, cofradías, con tallas que son páginas de la historia de la salvación de la humanidad, rostros que reflejan serenidad en el sufrimiento, que mirándolos, se comprende lo que significan entereza, consuelo, amor.

Jesús en el Huerto de los Olivos en la noche de la agonía, cuando le dice al Padre: "Si puedes, aleja de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya".

San Pedro, San Pedro que niega al Maestro, pero luego se arrepiente.

El apóstol Judas, que le delata por treinta monedas y cuya traición la sella con un beso, San Juan, el discípulo amado, y María Magdalena, y las otras Marías, esas mujeres que sin miedo están al pie de la Cruz para, en la muerte, no dejarle solo, no abandonarle.



"Una Semana Santa que ha pasado las fronteras de la región para entrar en las del mundo católico"





“María que tiene en su regazo al Hijo, como le acunaba de pequeñito camino de Egipto para huir del cruel Herodes, ahora lo tiene en sus brazos, pero ¡qué diferencia! Ahora Jesús ha muerto”

Crevillent se convierte en Jerusalén a la luz de las antorchas y de las velas, bajo las sombras de la noche desfilan penitentes y cofrades, acompañáis con vuestro cariño a María, Santísima Virgen de la Piedad.

María que tiene en su regazo al Hijo, como le acunaba de pequeñito camino de Egipto para huir del cruel Herodes, ahora lo tiene en sus brazos, pero ¡qué diferencia! Ahora Jesús ha muerto, ha dado la vida por nosotros, clavado en la Cruz, el suplicio más atroz y humillante de la época.

¡Qué emoción y que llanto en el alma! Ver a Jesús Rescatado con las manos atadas y la corona de espinas ciñéndole la frente para que soldados sin entrañas, le flagelen son saña.

Pasos a hombros de los que llamáis "los agarraós": Santísimo Cristo de la Caída, Santísimo Cristo de la Victoria, Santísimo Cristo, que bonito, del Perdón...

Si a Jesús se le hizo menos duro el camino de la agonía, si fue menos terrible el camino al monte Gólgota, se debió al infinito amor de la Madre, la Virgen de los Dolores que apura una soledad damática, anegada en sufrimiento.

Y tenéis también el Descendimiento de la Cruz, y también a la Verónica, que en Vía Crucis escribe una página de consuelo y ternura.

Y permitidme que en la Verónica, en la dulzura de la Magdalena y en la misericordia de esa Samaritana, que también tenéis, rinda un homenaje a las mujeres de Crevillent, artesanas del amor, leales, fuertes, bálsamo de consuelo, compañeras comprensivas, porque, como dijo el poeta:

"no hay que ganar al hombre con sonoros excesos de tambores y clarines y en el viento el airón. Hay que entrar de puntillas con pasos como besos por las sendas oscuras que van al corazón".

A ellas, a todas las crevillentinas, quiero dedicarles una anécdota de Juan Pablo II muy desconocida.

Habíamos ido, era el gran sueño de Juan Pablo II, poder ir a Jerusalén, poder subir al Gólgota, poder entrar en el Huerto de Getsemaní, celebrar una misa en el Cenáculo, pero también quiso ir a rendir un homenaje a todos los judíos que habían muerto en los campos de exterminio durante la II Guerra Mundial, y fue al monumento que llaman "Yad Vashem", es un homenaje a todas las víctimas de los campos de exterminio, es un lugar lúgubre,

terrible, un lugar donde se están escuchando los nombres de los niños, con la edad que tenían y donde han muerto, y se oye Auschwitz, Vidahaus, Birkenau... y se van oyendo los nombres, en medio hay un fuego que arde para recordarles en la memoria siempre.

Allí, el Papa hizo un discurso bellissimo de amor y fraternidad, y que el hombre no volviera a matar al otro hombre, que no fuera nunca tan cruel como siempre es el hombre cuando quiere serlo.

Y cuando termina el discurso, cuando termina el momento en la ceremonia, vimos a una mujer, como de unos cincuenta años, polaca, que se acerca al Papa, empieza a llorar, le coge las manos y no hace más que decirle: "Soy Edith, gracias Santo Padre", diciéndoselo en polaco.

Fue tan conmovedora la escena, tan hermoso lo que estaba allí pasando, nos dimos cuenta que era importante, y cuando ya el Papa se marchó y fuimos a hablar con ella, nos contó su historia:

Era una niña, su familia vivía en Cracovia cuando les llevaron, porque eran judíos, hasta Auschwitz, los padres, los abuelos y su hermano, todos murieron menos ella, cuando liberan el campo, todos aquellos que estaban todavía supervivientes, que eran como manojos de huesos, esqueléticos, con el sufrimiento pintado en el rostro, uno de ellos era esta niña, los llevaban a Cracovia para, en un lugar de la estación poder decirles quien tenía parientes mandarlos con ellos, quien no tenía nadie, ayudarles.

Aquella niña no tenía ganas de seguir, se echó allí, digamos se dejó caer en una de las calles de Cracovia, se quedó sola, cuando pasó un hombre, un hombre joven que la ve, no necesita preguntarle de dónde viene, basta verla, entonces le dice, acercándose a ella: ¿Por qué te has echado en la calle, así, tirada en la calle?

Porque no quiero vivir, yo no quiero vivir

¿Por qué?

Porque no tengo a nadie, han matado a toda mi familia, a mis padres, a mis abuelos, a mi hermano.

Y le dice: ¿Cómo te llamas?

Y aquella niña que durante tanto tiempo ha sido un número, le dice el número con el que le han llamado durante meses, quizá años.

Y le dice aquel joven: No, tu nombre.



Y aquella niña dice: Edith.

Edith, tienes que vivir por ellos, ellos querrían que vivieras. Edith, ¡lucha por ellos, vive por ellos!

Dice que le hizo tal impresión sentir su nombre después de tanto tiempo que no había sido más que un número que reaccionó, él la ayuda, se la echa a los hombros, la lleva a donde está el puesto de Cruz Roja y la deja, y dejándola le dice:

"Edith, acuérdate, tienes que vivir por ellos".

La niña, al marcharse le dice: "Y tu, ¿Cómo te llamas"?

Yo, Karol, Kard Wojtyła.

No se habían vuelto a ver hasta que llega Juan Pablo II a Jerusalén, y aquella niña, que hoy es abuela, que vive en Haifa, pidió al gobierno israelí que se pudiera acercar a Juan Pablo II para decirle: "Soy Edith, he vivido por ellos. Gracias, Gracias Papa".

La Semana Santa de Crevillent tiene recuerdos muy lejanos, en sintonía perfecta con la Iglesia primitiva, y muy especialmente con Roma, creo además que viniendo y viviendo en la Ciudad Eterna, debo contaros la Semana Santa romana, y hablaros de ese gran Papa al que tuve el privilegio de conocer, de seguir desde el principio hasta el fin de su pontificado, nuestro amado Juan Pablo II.

El Papa que al igual que Cristo, recorrió un camino de sufrimiento, eran, al final de sus últimos años, un manojo de dolores.

El último Viernes Santo, Juan Pablo II ya no tenía ni voz, no pudo ni ir al Coliseo, siguió el Vía Crucis, quizás muchos de ustedes lo recuerden, en su capilla privada. En la última estación, cogió y retuvo en sus manos el crucifijo, estaba de espaldas, apoyó la cabeza en la figura de Cristo, como si quisiera, como hizo el apóstol Pedro, decirle a Jesús: Señor, tu sabes todo, Señor, tu sabes que te amo.

El amor de Cristo, más fuerte que la muerte, le confortaba en el espíritu y había querido manifestarlo el Domingo de Resurrección cuando, a medio día, se asomó a la ventana de su casa para impartir la bendición Urbi et Orbi.

Fue quizás la conmoción, fue quizás el sufrimiento, estaba prácticamente ya en agonía, pero no pudo pronunciar ni una sola palabra. Hizo solo el signo de la Cruz con la mano. Un gesto que unía el dolor físico al amor del Padre, y su no tener voz, su silencio, fue más elocuente que cualquier palabra.

Juan Pablo II no temía la muerte porque sabía que tras ella venía la Resurrección, y la muerte la tuvo muchas veces muy cerca, aunque nunca como aquel dramático 13 de Mayo, 13 de mayo de 1981. Era un día precioso de primavera romana, muchísima gente en la Plaza de San Pedro, era día de audiencia general, cuando todavía no empezaba y estaba saludando a la gente por los sectores de la Plaza, había también muchos niños con globos en la mano,

“Señor,
tú sabes todo,
Señor,
tú sabes
que te amo”





“Dolor, ira, consternación, todo el dolor de una ciudad se volcó en la Plaza de San Pedro, empezó la gente a llorar”

oímos, rompió el aire tres disparos, pensamos que algún globo se había roto, habría estallado, nunca podíamos imaginar que habían disparado al Papa.

Vimos el Jeep caído, el Papa en los brazos de su secretario de nuevo a toda velocidad entrar por el Arco de las Campanas, no nos dimos cuenta hasta que la Radio Vaticana, desde esa atalaya donde transmitía dijo: "el terrorismo ha entrado en la Ciudad del Vaticano, han disparado al Papa".

Dolor, ira, consternación, todo el dolor de una ciudad se volcó en la Plaza de San Pedro, empezó la gente a llorar, algunos, un sacerdote que llevaba una imagen de la Madre de Czestochowa subió el cuadro, lo puso en el sillón vacío del Papa y empezaron a rezar, empezó a rezar la gente y empezaron a llegar de toda Roma, y la Plaza de San Pedro se convirtió en un templo al aire libre, rezando, esperando noticias del policlínico Gemelli, nos iban diciendo: está muy grave, sigamos rezando, está muriéndose, pero era el día de la Virgen de Fátima, y como siempre ha dicho Juan Pablo II, la Virgen le salvó. En la corona de la Virgen de Fátima está el tercer, digamos la tercera bala, como la perla más bonita de la corona de la Virgen de Fátima.

Y si ese terrorista, Ali Agcá fue detenido, también parece algo increíble, como digo, era un 13 de mayo, era día de la Virgen de Fátima, pues se pudo detener a Ali Agcá porque una monja, una italiana, pequeñita, una franciscana, le cogió sin miedo, le dijo que si estaba loco que pudiera haber disparado al Papa. El, para escapar, la tiró al suelo, ella se agarró a los pies de Ali Agcá. Esa monja, curiosamente se llama Sor Lucía.

Pocos días después, esto fue un miércoles, el domingo, desde la sala de cuidados intensivos, desde la UVI, con gran sufrimiento físico pero el Papa no quiso faltar a la cita del Angelus del domingo a medio día, fue el Angelus que nos trajo a la memoria a Jesús en el Monte Calvario poco antes de morir, cuando pronuncia esas palabras de amor sereno y firme: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen".

Dos mil años después del martirio de Pedro, la violencia y el odio habían encontrado una nueva víctima, solo que en lugar de la Cruz, nuestra época hecha mano de las armas, del terrorismo de los hombres adiestrados a matar, a disparar contra inocentes.

El Papa, desde el Gemelli nos enseñó a perdonar, dijo que él había perdonado a su hermano que le había querido matar, y se entregaba a la Virgen, sacerdote y víctima: "Totus Tuus" Soy todo tuyo María.

En Roma, la Semana Santa se inicia en la Plaza de San Pedro el Domingo de Ramos, mañana, en la Plaza centro de la Cristiandad, que se abre como un inmenso abrazo. Se congregan miles de jóvenes, allí estarán aunque este año junto a Benedicto XVI, van a izar palmas y ramos de olivo como banderines de vida nueva, con la ilusión de un mundo mejor.

El Jueves Santo por la mañana, en la Basílica, el Papa concelebra la solemne Misa Crismal con cuatro y hasta a veces, cinco mil sacerdotes. La Basílica de San Pedro parece un mar de albas blancas.

Por la tarde, en San Juan de Letrán, catedral de Roma, se revive la Última Cena, la Santa Cena como la revivís en vuestro maravilloso paso, cuando Jesús instituye la Eucaristía y dirá: "Este es mi Cuerpo", "Esta es mi Sangre".

No ignora el Maestro que entre los discípulos hay uno, Judas, que se dispone a traicionarle, pero la misericordia divina triunfará sobre el odio y la vida derrotará a la muerte.

La noche del Viernes Santo, a la luz de las antorchas iluminando el grandioso escenario de los césares, el Coliseo, el Papa, en este lugar testimonio de tanta sangre cristiana, peregrina las Catorce Estaciones del Vía Crucis, revive la Pasión de Jesús en toda su tragedia y en toda su entrega.

He contado el último Vía Crucis, les contaré el de hace dos años, el de 2003, que ha quedado para siempre en la página de horror de nuestra más reciente historia.

Aquel Vía Crucis del Papa en el Coliseo fue, para mí, y para muchos, inolvidable. El Papa quiso, el ya no podía con la Cruz, tenían que llevarla Cirineos, y quiso que esos Cirineos fueran pueblos que habían sufrido lo más trágico de esta época nuestra contemporánea: el terrorismo. Y las primeras estaciones las llevó un chico norteamericano, recordando el 11 de septiembre, y la llevaron unos palestinos, y unos israelíes, y unos de África, recordando el genocidio de Rwanda y Burundi.

Pero quiso que las dos últimas estaciones, hasta entregarle la de la catorce estación, la de la Muerte de Cristo, la llevara alguien de España, y fue una muchacha





“El Papa, desde el Gemelli nos enseñó a perdonar, dijo que él había perdonado a su hermano que le había querido matar, y se entregaba a la Virgen, sacerdote y víctima: "Totus Tuus" Soy todo tuyo María”

española, una chica de Madrid que estudiaba en Roma, la que llevó la Cruz que representaba el dolor de España entera, entregó esa Cruz una muchacha española, era España la que llevaba la Cruz de Cristo y que la entregaba a un Papa que también estaba sufriendo un Calvario y una Pasión.

La Semana Santa de Jerusalén tenía que repetirse en Roma, cabeza de la cristiandad, y se repitió con realismo singular cuando Pedro, aquel pescador noble y sencillo, aquel hombre débil y generoso, le asegura a Jesús camino de la agonía, con un convencimiento casi pueblerino, aunque se escandalicen de ti Señor, no te negaré, aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

La Negación de Pedro, la tenéis vosotros, pero su debilidad, la debilidad de Pedro, su cobardía, regada con lágrimas, le hará, con los años, volverse el fuerte y valiente vicario de Cristo.

El arrepentimiento de Pedro le lleva a dar su vida por el Señor, y suplicará a los verdugos que lo crucifiquen cabeza abajo porque no se siente digno de morir como el Nazareno. Corría el año 67 de nuestra era, y desde entonces hasta nuestros días, nunca ha faltado una víctima en Cruz junto a la tumba de Pedro.

Quiero hoy, permitidme que recuerde en estos mártires de amor a Cristo, a dos personas que vosotros tenéis ya en proceso



“Pero el Nazareno
ha resucitado y la
villa de Crevillent,
el Domingo de
Pascua hace que la
fe se vuelque en
esperanza y
júbilo, la Virgen de
la Soledad,
Nuestra Señora de
las Angustias, se
convierten en
Nuestra Señora de
la Alegría”

de beatificación. Voy a recordar solo sus nombres: D. Pascual Martínez, cura párroco, y Bautista Mas. Son estos mártires que han sellado con su vida lo que eso significa el amor, la lealtad, la fe.

Angustia y lágrimas, sudor de sangre que se trasluce en la Semana Santa de Crevillent, donde el espacio se multiplica para abarcar toda la ciudad. Crevillent se convierte en Jerusalén, por las calles, las procesiones rememoran el sacrificio redentor de Cristo, los pasos, la música, los cofrades encapuchados y el silencio que se hace oración. Todo el mundo unido indisolublemente a lo espiritual en una manifestación extraordinaria de fe y de piedad.

Una riqueza que conjuga arte sublime con profunda piedad. Como Roma, que se hizo eco y vivencia renovada de la primera Semana Santa, que esmaltó de sangre las calles de Jerusalén. Por las calles de Crevillent, por la calle Mayor, la Plaza Chapí, el Paseo del Calvario, lentamente desfilan los pasos que son plegaria y meditación, que llevan hombros de espaldas recias y corazón fuerte. El Santísimo Cristo de la Caída, el Ecce Homo, que llanto dentro del alma ver cumplir la injusta sentencia de Pilato, la sentencia de un hombre se inscribe en el misterio del sacrificio del Hijo de Dios, con el cerco de espinas en la frente, el gobernador romano, Pilato, le muestra a la multitud enardecida, pensando que al verle va a suscitar clemencia. Para presentarle elige solo dos palabras: Ecce Homo, He aquí al Hombre.

Al Hombre al que lleva con todos, con la fuerza de su amor, al que abraza y abarca a todos; al que sufre, al oprimido, al humillado, al que le han robado sus derechos y su dignidad, al que pide limosna y al que le da vergüenza pedir, al hambriento de paz y de justicia, al que le han ajado las ilusiones y da bandazos sin esperanza, al que oculta una tragedia tras una sonrisa, al fracasado, al que no tiene trabajo o no tiene voz.

He aquí al Hombre, que abraza a un mundo que aspira la Paz, esa paz que le da y le viene de Cristo, y permitidme que cuente dos viajes de Juan Pablo II en aras de la Paz.

Sarajevo, Sarajevo, esa ciudad que como ninguna otra en Europa ha vivido lo que es

el horror de una guerra, una guerra civil, una guerra cruel.

El Papa va allí a Sarajevo cuando está toda la ciudad todavía destruida, quiere celebrar la misa, y a los pies de un altar lo hace... Un altar donde hay un Cristo sin brazos, representando el dolor y la mutilación de miles de víctimas inocentes, allí en Sarajevo, esa ciudad que, me dirá en el avión, ha sido el símbolo de la Europa en guerra, ojala sea el símbolo de la Europa en paz.

Allí dirá: "Yo Juan Pablo II, desde lo más profundo de este milenio, os suplico abrir las vías de la Paz y del perdón en las tierras desertizadas por el odio, la guerra y la muerte.

Nunca más la guerra, nunca más el odio y la intolerancia, que la lógica inhumana de la violencia sea sustituida por la lógica constructiva de la Paz".

Pero irá también a Hiroshima, que ha quedado como el símbolo de lo que es el horror de una guerra atómica, allí, en el parque que los japoneses, que no quieren recordar la guerra, lo llaman el Parque de la Paz, delante de un edificio de hierros quemados, retorcidos para recordar aquella mañana de agosto en la que murieron solamente en aquella mañana cien mil personas, y seguían muriendo por las radiaciones atómicas, allí, delante de una piedra donde está escrito: "Descansad en paz porque no va a volver a ocurrir nunca más", Juan Pablo II va a pedir al mundo que no vuelva a ocurrir nunca más, y tiene un discurso de la paz tan hermoso que los japoneses dicen que jamás lo han escuchado igual, para dar más fuerza a ese discurso, lo lee, cada trozo en una lengua, empieza en japonés, termina en japonés, hay un trozo también en español, pero por primera vez escuchamos al Papa leer en Chino y en Ruso, los dos países que tenían cerradas las fronteras para la Iglesia. Y allí, delante de ese lugar que tiene tan trágicos recuerdos dirá:

"Recordar Hiroshima quiere decir condenar la guerra, no repetamos el pasado, vayamos hacia el futuro en el que la equidad, la justicia, la solidaridad, son una realidad y no sueños lejanos. Ayúdanos Señor a responder con amor al odio, a la injusticia con una total dedicación a la justicia, a la guerra con la Paz".

Cristo también en la Cruz tuvo sed, tuvo



sed y lo dirá en el patíbulo, y el Papa Juan Pablo II, porque una nación entera está muriendo de sed, va a ir a África, a un país, pensad, donde hacía quince años que no llovía: Burkina Faso entonces, Alto Volta cuando llegó el Papa.

Allí, en este lugar, donde el desierto avanza inexorable porque no hay agua y va comiendo terreno, y comiendo terreno el desierto y avanzando el desierto, se lleva víctimas, los primeros los niños, los más débiles, las personas mayores, y va el Papa para estar muy pocas horas allí, en Ouagadougou, la capital para decirle a un mundo que se están muriendo de sed, que si hay una muerte horrible, la del hambre, creo que todavía es mucho más espantosa la de morir de sed.

Recordad que Cristo dijo: "Tengo sed", y allí dirá:

"Yo Juan Pablo II levanto mi voz y os suplico, porque no puedo callar cuando mis hermanos están amenazados, me hago portavoz de los que han muerto porque les falta el agua, no esperemos a que la sequía arrameta devastadora, no esperemos a que la arena traiga la muerte. Que la voz de la justicia, de la caridad, prevalezca sobre el egoísmo".

Muerte pero también vida, Pasión pero también Resurrección. Cristo ha muerto, le bajan, le descienden de la Cruz para envolverle en una sábana. Paloma de Paz hecha lino, para enterrarle en el sepulcro. Cuerpo roto más de amor que por heridas, y el sufrimiento inmenso de María encuentra sin embargo un poco de consuelo en Juan, el discípulo amado, Juan que representa esa juventud altruista, sin miedo, y en María Magdalena, también con la Verónica, son las dos figuras femeninas que escriben los pasajes más tiernos de la Pasión, y vosotros también, hombres y mujeres de Crevillent, os sentís, unos Cirineos, otras Verónicas y querríais ayudarle a Cristo a llevar el madeiro, o a enjugarle el sudor y la sangre.

Pero el Nazareno ha resucitado y la villa de Crevillent, el Domingo de Pascua hace que la fe se vuelque en esperanza y júbilo, la Virgen de la Soledad, Nuestra Señora de las Angustias, se convierten en Nuestra Señora de la Alegría, María se quita los velos del luto para ir al Encuentro de su Hijo, de Cristo resucitado que sale al encuentro de todos, y resuenan clarines y

trompetas, y las campanas se vuelcan en arrullos de palomas enamoradas, y celebráis la victoria de Cristo, al igual que en Roma que, a medio día tocan la fiesta las campanas de San Pedro y las campanas de las 365 iglesias de la Ciudad Eterna. Y desde la Basílica Vaticana, el Papa anuncia al mundo que Cristo ha vencido a la muerte.

Señoras y señores de Crevillent, quiero terminar mi pregón con un augurio, con una aleluya Pascual, y lo hago deseándoos que tengáis alas para volar por encima de las dificultades, que voléis muy alto para divisar un futuro alentador para vosotros y para cada uno de vuestros seres queridos y, después de anunciaros que mañana empieza la Semana Santa, la Semana más Santa y más bella, porque es la Semana del Hombre, permitidme que os formule un deseo; que la Semana Santa sirva para renovar la pacífica convivencia, el compromiso para la solidaridad entre todos sin excluir a nadie, que sea capaz de cambiar los corazones y las mentes, que se renueven los lazos entre las familias, que se fortalezca el diálogo, que sean días en los que los jóvenes, con nuestra ayuda, emprendan la construcción de lo que dijo Juan Pablo II siempre: "De una civilización del amor y de la fraternidad".

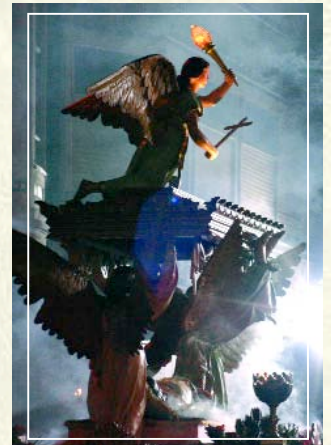
Y cuando acabe, llegue el Domingo de Pascua, cada uno celebre la fiesta de la esperanza y la intensidad y la profundidad del mensaje de Cristo ayude a superar dificultades, dolores y lágrimas.

Y antes de despedirme, mañana yo a las nueve de la mañana ya estaré en la Plaza de San Pedro, os pido que mantengáis apasionadamente vuestro amor a Nuestro Padre Jesús Nazareno y a vuestra patrona, la Virgen del Rosario, porque es necesario que los niños de hoy, hombres del mañana, tengan esa fuente gozosa de la que beber.

Debo regresar a Roma, a la Roma de Pedro y de Pablo, pero os aseguro que allí, a los pies del apóstol Pedro y también, de la tumba de Juan Pablo II, os aseguro que conmigo estaréis todos vosotros.

Muchas gracias.

Paloma Gómez Borrero



“Desde la Basílica Vaticana, el Papa anuncia al mundo que Cristo ha vencido a la muerte”